

riosos prematuros y sin objeto, como se presente ocasión encontraréis en ellos los Mainvielle, que no retroceden por nada del mundo, ni por la Glaciere.

Puede decirse que una cosa les sostenía en su cólera y les hacía aptos para todo; que tenían fe. La fe revolucionaria, formulada por un hombre del Norte en la *Marsellesa*, había fortificado el corazón del Mediodía. Todos, hasta los que ignoraban las leyes de la Revolución, sus reformas, sus beneficios, todos sabían, gracias á un cántico, por quien debían desde entonces combatir, matar y morir. La pequeña tropa de marselleses, atravesando las villas y ciudades, exaltó, asustó á la Francia con su ardor frenético por el canto nuevo. En sus bocas tomaba un acento muy contrario á la inspiración primitiva, acento feroz y de muerte; aquel canto generoso, heroico, se convertía en un canto de cólera; pronto iba á asociarse á los aullidos del Terror.

Barbaroux y Rebecqui fueron á Charenton á recibir á los marselleses. El primero, joven, entusiasta, generoso, ligado por una parte á los Girondinos, por la amistad de los Roland, y por otra íntimo de aquellos hombres violentos del Mediodía, ideaba una insurrección grandiosa y pacífica, una fiesta temible en que cuarenta mil parisienses acogerían á los marselleses, y tomándolos, por decirlo así, en sus brazos, con un solo impulso, sin necesidad de combatir, se llevarían el Hotel de Ville, las Tullerías, arrastrarían la Asamblea y fundarían la República. «Aquella insurrección por la libertad hubiese sido majestuosa como ella, santa como los derechos que debía asegurar, digna de servir de ejemplo á los pueblos; para romper sus hierros bastaba enseñárselos á los tiranos.»

Santerre ofreció los cuarenta mil hombres y llevó doscientos. No tenía interés en proporcionar á los marselleses el honor de tan gran movimiento. Barbaroux pudo convencerse muy pronto de lo poco práctico de su romántico plan de una insurrección inocente, generosa y pacífica, ejecutada por manos furiosas y ya ensangrentadas. Desde la mañana siguiente, los marselleses invitados á un festín en los Campos Elíseos, se hallaron á dos pasos de los granaderos de las Filles-Saint-Tomás, é inmediatamente se produjo una sangrienta colisión. ¿Quién empezó? no se sabe. Los marselleses, atacando unidos, alcanzaron una fácil victoria; sus adversarios huyeron. El puente levadizo de las Tullerías se bajó para recibirlos y se volvió á levantar para detener á los marselleses, que se lanzaron en su persecución. Varios heridos, acogidos en las Tullerías, fueron atendidos y curados por las damas de la corte.

El reducido ejército federado, quinientos marselleses, trescientos bretones, etc., en total cinco mil hombres, estaba completo en París; la insurrección era inminente. Todo el mundo la esperaba. Un toque de rebato mudo resonaba en todos los oídos y en todos los corazones. El 3 de Agosto resonó en la misma Asamblea. Petion, á la cabeza de la Comuna, se presentó en la barra. Extraño espectáculo: el frío, el flemático Petion, seguido de sus dogos, los Danton y los Sergent, que le empuja-

ban por detrás, pronunció con su voz glacial un ardiente llamamiento á las armas.

«La Comuna os denuncia el poder ejecutivo... Para curar los males de la Francia, es preciso atacarlos en su origen y no perder un momento.»—Siguen los crímenes de Luis XVI; sus proyectos sanguinarios contra París, los beneficios recibidos de la nación, su ingratitude, la descripción de las trabas que pone á la defensa nacional, la insolencia de las autoridades de los departamentos que se erigen en árbitros entre la Asamblea y el rey, y quisieran constituir la Francia en república federativa...» Habríamos deseado poder pedir solamente la suspensión momentánea de Luis XVI; la Constitución se opone á ello. El invoca sin cesar la Constitución; nosotros la invocamos á nuestra vez, y pedimos su destronamiento... Es dudoso que la nación pueda fiarse de la dinastía; pedimos ministros nombrados fuera de la Asamblea, por la elección de los hombres libres, mientras esperamos que la voluntad del pueblo, nuestro soberano y el vuestro sea legalmente pronunciada en Convención nacional.»

Hubo un silencio profundo. Se acordó que la petición pasase á un comité. La cuestión del destronamiento fué aplazada hasta el jueves 9 de Agosto. Ya no se trataba de un arrebató popular, de una bravata de los federados. Era la gran Comuna la que se colocaba en la vanguardia é intimaba á la Asamblea que la siguiese; era el rey de París, que iba á denunciar al rey. En el estado de miseria, de furor sordo en que se hallaba la población, podía temerse que la discusión de semejante arenga produjese el asalto de las Tullerías, que las palabras se tradujesen en actos, que la causa de la libertad, en vez de ventilarse por las batallas del Rhin, quedase encomendada al azar de un motín en París.

La sesión de la tarde fué corta. Cada cual se fué á su casa á consultar con los suyos. En esas grandes circunstancias los hombres inciertos, indecisos, flotantes, es cuando siguen, sin darse cuenta, la influencia de los que los rodean, de las personas de su intimidad. Cuando vacila la luz de la inteligencia se busca la del corazón. Sería curioso saber de qué se trató aquella noche en la mesa de los grandes jefes de la opinión, lo que dijo Robespierre en la de los Duplay, Vergniaud en casa de madama Roland ó de la señorita Candeille. Según todas las conjeturas, sea por temor de la libertad que podía perecer en una hora, sea por instinto de humanidad, en el momento de ver correr la sangre, todos estuvieron vacilantes ó retrocedieron ante la próxima aparición del terrible suceso.

Robespierre no dijo nada por la noche en los Jacobinos, y probablemente se abstuvo de ir para no manifestar ninguna opinión sobre las disposiciones que convenía tomar. Dejó pasar el día ordinariamente decisivo en las revoluciones de París, el domingo (5 de Agosto.) Se calló el 3, siguió mudo el 4, y no hizo uso de la palabra hasta que pasó el día, el lunes 6 de Agosto.

Respecto á la Gironda y á los amigos de los Roland, que estaban en acción, no se abstuvieron, pero se dividieron. La Gironda propiamente dicha, su pensamiento Brissot, su palabra Vergniaud, temían la insurrección. Los amigos de los Girondinos, el joven marsellés Barbaroux, la llamaban y la preparaban. Nada indica hacia qué lado se inclinó madama Roland.

No puede acusarse á nadie. Verdaderamente no había tiempo para vacilar ni para reflexionar. Se podía apostar que la corte llevaría ventaja si se arriesgaba el combate. La Gironda había provocado y ordenado la organización del ejército de picas, pero apenas comenzaba. Nada menos disciplinado, menos ejercitado, menos imponente que las bandas de los barrios. Los mismos federados, aunque valientes, ¿eran verdaderos soldados? En cuanto al ejército de bayonetas era muy probable que una gran parte no haría nada, y que otra, muy numerosa, estaría en contra de la insurrección.

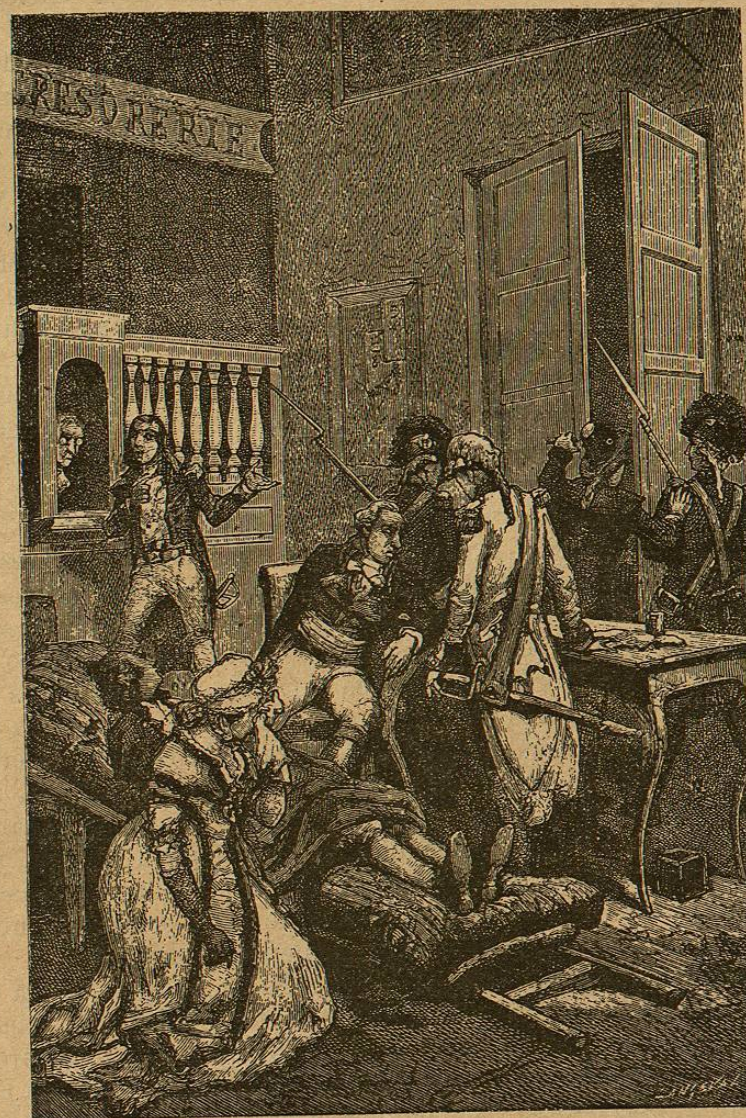
El ataque á las Tullerías no era cosa fácil. El castillo, sobre todo por el lado del Carrousel, era muy temible. No tenía verjas como hoy, no había ningún gran espacio libre, si no tres pequeños patios contra el castillo, cerrados por muros, cuyas luces daban sobre el Carrousel y permitían disparar muy comodamente sobre los asaltantes. Si estos conseguían penetrar allí, estaban perdidos; aquellos tres patios eran tres trampas como las del patio del castillo del Cairo, en donde el pachá fusiló á mansalva á los mamelucos. Una vez allí debían ser aeribillados desde las ventanas, atacados por todas partes.

La guarnición era muy segura. Se componía, además de los guardias nacionales más fieles, de los batallones suizos, milicia valiente y leal, de los restos de la guardia constitucional (ya hemos visto á los Murat, los Rochejacquelein), y de la *Nobleza francesa*; así se llamaban ellos mismos los nobles que se aprestaban á defender el castillo. Su jefe D'Hervilly, era una espada temible; había formado y reclutado un cuerpo muy temido, compuesto unicamente de maestros de esgrima y de espadachines que el mismo examinaba.

Si, era cosa de pensarlo. Si la insurrección iba á dejarse coger y sorprender en la ratonera de las Tullerías, la misma Asamblea quedaba herida de muerte y perdía la fuerza legal que hasta entonces había estado en sus manos. Si podía con esta fuerza vencer sin combatir, obligar al rey á que entregase otra vez el poder á los ministros patriotas, ¿por qué entregar la gran causa á los azares de un combate, á las probabilidades de una sorpresa, de un pánico acaso, de un revés irreparable?

Tales fueron los pensamientos de la Gironda. Sin duda la ambición tuvo en ellos alguna parte. Pero aun dejando aparte la ambición, preciso es reconocer que había motivo para dudar. Digamos también que en aquella gran época, en aquel raro momento de patriotismo y de entusiasmo, el egoísmo y el interés personal, sin desaparecer enteramente,

influyeron de una manera muy secundaria en las resoluciones de aquellos hombres. Hay que hacerles esta justicia á los hombres de todos los partidos.



«Y yo también, Petion, yo he sido el ídolo del pueblo.» (Pág. 126)

El 26 de Julio, había confesado Brissot el motivo muy serio que, en el momento de quebrantar el trono, hacía dudar á la Gironda; estaba fundado en la antigua superstición, absurda, pero muy real, y que no

podía dejarse de apreciar: «Los hombres atribuyen á la palabra *rey* una virtud mágica que preserva su propiedad.»

Añádase á esta idea un sentimiento, natural al aspecto del furor que se veía germinar en el pueblo: el temor de una grande y terrible efusión de sangre humana que renovase las escenas de la Glaciere, calumniase la libertad y deshonrase á la Francia. Se supo que en Marsella un contrarrevolucionario había sido degollado por el pueblo. En Tolon, cosa deplorable y fatal á los amigos de la libertad, la misma ley, es decir sus principales órganos, habían sido las víctimas de la venganza. El procurador general síndico (prefecto) del departamento, cuatro administradores, el acusador público, un miembro del distrito y otros ciudadanos habían sido asesinados. Si tales cosas ocurrían tan lejos contra magistrados secundarios cuya responsabilidad no podía ser muy grande, ¿qué harían con el rey? ¿qué sucedería en París, donde desde largo tiempo los Marat y los Freron pedían cabezas, sangre, suplicios atroces, mutilación y carnicerías?

Un hecho más tarde revelado, demuestra cuán asustados estaban Petion y los mismos que estaban al frente, del carácter de violencia asesina que iba á tomar la Revolución. Duval d'Esprennil, aquel que en otro tiempo la había iniciado en el Parlamento, pero que después se manifestó loco y furioso en sentido contrario, habló indiscretamente en favor de la corte en el jardín de las Tullerías, y reconocido y perseguido por la muchedumbre, fué golpeado y maltratado; sus vestidos desgarrados eran arrancados á tiras ó colgaban de él hechos girones ensangrentados. Atravesó, vivo todavía, el Palais Royal, y se refugió afortunadamente en la Tesorería que estaba enfrente. Se cerraron las puertas. La multitud rugía á la parte de fuera, iba á derribarlas. La pobre mujer de Duval (acababa de casarse); consiguió abrirse paso, queriendo morir con él. Fueron á buscar á toda prisa al alcalde de París. Llegó Petion, en efecto, entró, y vió sobre un colchón un espectro pálido y ensangrentado. Era Duval, que le dijo: «Y yo también, Petion, yo he sido el ídolo del pueblo.» No había concluido de pronunciar estas palabras, cuando sea por el exceso de calor, sea terror y presentimiento demasiado verdadero de su próximo destino, Petion se desmayó.

Si, era cosa de pensarlo, la víspera del 10 de Agosto. No era solamente la Gironda la que dudaba, eran excelentes ciudadanos, Cambon, por ejemplo, que no pertenecían á la Gironda; que no participaron de su espíritu y no conocieron más sentimiento que el interés de la Francia. El 4 de Agosto obtuvo Cambon que la Asamblea pidiese á su comisión de los doce un informe: «Para atraer al pueblo nuevamente á los verdaderos principios de la Constitución.» Esta comisión trabajó en ello inmediatamente y Vergniaud llegó, en su nombre, acto continuo á proponer que se anulase el acta sediciosa de Manconseil, lo cual fué decretado al instante sin discusión.

Y sin embargo, hoy podemos apreciarlo mejor, Vergniaud y Cam-

bon estaban equivocados. Solo la insurrección y una insurrección inmediata, podía aun salvar á la patria. No había que perder ni un solo día. La monarquía, siempre en las Tullerías, sirviendo de punto de enlace á los nobles y á los curas de todo el reino, era el auxiliar más formidable de los ejércitos de la coalición. La reina esperaba y llamaba á aquellos ejércitos día y noche. Confiaba á sus damas sus deseos y sus esperanzas. «Una noche, dice madama Campan, que la luna iluminaba la habitación, ella la contemplaba y me dijo que dentro de un mes ya no vería aquella luna sin estar libre de sus cadenas. Me confió que todo marchaba bien para libertarla. Me dijo que iba á ponerse sitio á Lille, que temían que á pesar del comandante militar, la autoridad civil quisiera defender la ciudad. Tenía el itinerario de los príncipes y de los prusianos; tal día estarían en Verdun, tal otro en otra parte. ¿Qué sucedería en París? El rey no era cobarde, pero tenía poca energía: «Yo bien montaría á caballo, añadía ella, pero entonces anularía al rey...»

Todo el mundo veía á las puertas de Francia dos ejércitos disciplinados temibles por sus precedentes; el prusiano orgulloso con la tradición del gran Federico; el austriaco y el húngaro ilustre por el éxito de la guerra contra los turcos. Aquellos dos ejércitos tenían además la grave particularidad de que acababan, casi sin disparar un tiro, de sofocar dos revoluciones, la de Holanda y la de Bélgica. Ningún político, ningún militar podía creer en una resistencia seria por parte de nuestros ejércitos desorganizados, de las masas indisciplinadas que iban detrás, de nuestros generales sospechosos, de una corte que llamaba al enemigo. Sólo un milagro podía salvar la Francia, y muy pocas gentes confiaban en él.

Madame Roland confiesa sin rodeos que esperaba poco de la defensa del Norte, que calculaba con Barbaroux y con Serván las probabilidades de salvar la libertad en el Mediodía fundando allí una República. «Tomábamos, dice, unos mapas y trazábamos una línea de demarcación.» «Si nuestros marseleses no triunfan, decía Barbaroux, ese será nuestro recurso.»

Esto no era sólo peculiar de los Girondinos. Marat, la víspera del 10 de Agosto, pidió á uno de aquellos que le pusiera á salvo en Marsella, y se dispuso á huir disfrazado de carbonero.

Vergniaud afirma que Robespierre tenía la misma intención y que quería retirarse también á Marsella. Aunque parezca sospechosa la afirmación de un enemigo contra un enemigo, confieso que el testimonio de semejante hombre, leal, de corazón y de honor, me parece de mucho peso.

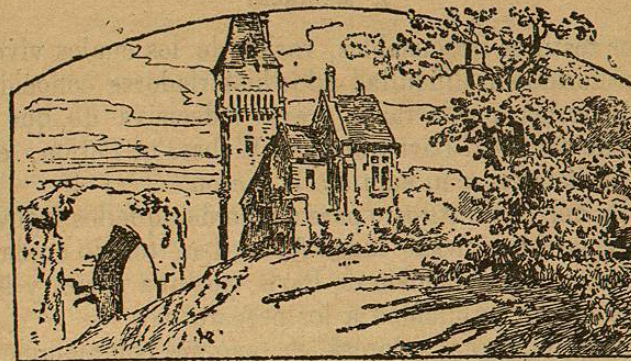
Solos dos hombres, entre los que tenían influencia, parece que se opusieron invariablemente á la idea de salir de París; los dos hombres de genio, Vergniaud y Danton. La cosa es casi indudable respecto de Danton. El que después del 10 de Agosto, cuando el enemigo se acer-

caba, no pestañeó y se obstinó en hacer frente, ese, antes del 10, en un peligro menos eminente, con seguridad que no tembló.

Respecto de Vergniaud, no tiene duda. Dió su opinión en presencia de cerca de doscientos diputados. Contra la opinión de la mayor parte de sus amigos, dijo: «*Que era en París donde se necesitaba asegurar el triunfo de la libertad ó perecer con ella*; que si la Asamblea salía de París, no podía ser más que como Temístocles, con todos los ciudadanos, no dejando sino cenizas, no huyendo un momento ante el enemigo más que para cavar su sepulcro.» Vergniaud y Danton pensaron como Richelieu, cuando la reina Enriqueta le mandó preguntar si podría refugiarse en Francia. Escribió al margen de la carta: «Será preciso decir á la reina de Inglaterra que el que abandona su sitio le pierde?»—Y Luis XI, decía: «Si pierdo el reino y me salvo con París, me salvo con la corona en la cabeza.»

¿Cómo iban á arreglarse para resistir en París? Lo primero que había que hacer era hacerse dueños de él. Pero París no podía apoderarse de París en tanto que el amigo de los prusianos estuviese en las Tullerías. Por las Tullerías era por donde había de comenzarse la guerra.

¿Se conseguiría de un pueblo poco aguerrido hasta entonces, un momento de cólera generosa, un violento acceso de heroísmo que hiciese aquella locura sublime? Era muy dudoso. Aquel pueblo parecía demasiado miserable, abatido quizás bajo el peso de sus males. El girondino Grangeneuve, en el ardor de su fanatismo, pidió por favor al capuchino Chabot que le levantase la tapa de los sesos una noche, en una callejuela, para ver si aquel asesinato, que con seguridad se habría achacado á la corte, decidía el movimiento. El capuchino, hombre de pocos escrúpulos, se encargó del asunto; pero en el momento preciso tuvo miedo, y Grangeneuve estuvo toda la noche esperando en vano la muerte, desolado por no poderla obtener.



CAPITULO VII

La víspera y la noche del 10 de Agosto

Como se ha desfigurado la historia del 10 de Agosto.—El 10 de Agosto estaba previsto.—Varios reclaman la iniciativa del 10 de Agosto.—La Asamblea declara que no procede acusar á Lafayette (8 de Agosto).—Se desespera ya de que la Asamblea pueda salvar la patria (8 de Agosto).—Preparativos del combate (9 de Agosto).—Las probabilidades en favor de la corte eran muy grandes.—El somatén, la noche del 10 de Agosto.

No conozco ningún suceso de los tiempos antiguos ni modernos que haya sido más completamente desfigurado que el 10 de Agosto, más alterado en sus circunstancias esenciales, más cargado y oscurecido con accesorios legendarios ó falsos.

Todos los partidos, á porfía, parece que han conspirado para exterminar la historia, hacerla imposible, enterrarla, sepultarla de modo que no pueda ser encontrada jamás.

Varios aluviones de mentiras de sorprendente espesor han pasado por encima. Si habéis visto las orillas del Loire después de las inundaciones de los últimos años, de qué modo ha sido la tierra removida, los enormes montones de fango, de arena, de guijarros, bajo los cuales han desaparecido campos enteros, tendréis una ligera idea del estado en que ha quedado la historia del 10 de Agosto.

Lo peor es que grandes artistas, no viendo en estas tradiciones, verdaderas ó falsas, más que objetos de arte, se han apoderado de ellas, las han hecho el honor de adoptarlas, las han empleado hábilmente, magníficamente, consagrándolas con estilo eterno. De suerte que las mentiras que hasta entonces permanecían incoherentes, ridículas, fáciles de destruir, han tomado, entre aquellas manos hábiles una consistencia deplorable, y participan ya de la inmortalidad de las obras del genio que desgraciadamente las acogió.

Se necesitaría nada menos que un libro para discutir una por una todas aquellas falsas tradiciones. Dejamos esta tarea á otras personas. Por nuestra parte, nos limitamos aquí á referir únicamente dos clases de hechos, los unos probados por actas auténticas, los otros vistos ó